

## TRAYECTORIA DE UN PUEBLO\*

*Por* ERMILA DE VERACOECHEA

Hace menos de dos años tuve el inmenso honor de recibir en este mismo edificio, lleno de tradición y de historia, el homenaje que me ofrendaron el Ilustre Concejo Municipal y otros muchos tocuyanos amigos, confiriéndome el Escudo de Armas y el título de Hija Adoptiva de esta ciudad.

Fueron cortas mis palabras de agradecimiento al compararlas con la emoción que me embargaba y no se la atribuyo solamente al lógico sentimiento de halago por el reconocimiento público a mi obra *Historia de El Tocuyo Colonial*. No, no fue solo eso, sino la emoción de verme realizada en la consecución de la meta trazada: la de unirme fraternalmente al pueblo tocuyano en la vivencia de su propia historia, en el conocimiento de su pasado insigne.

Aun sin haber nacido aquí, siempre me he sentido tocuyana: por la tradición familiar y por las reminiscencias de años pretéritos. Ese sentimiento por la Patria Chica, firme y sincero, se ha ido acrecentando con el correr del tiempo.

Nunca me sentí tan genuinamente tocuyana como cuando escribí mi *Historia de El Tocuyo*. Mientras más investigaba en los amarillentos papeles de los archivos, más aprendía a valorar el inmenso aporte que dio esta tierra a los orígenes de nuestra patria: fue germen de vida y núcleo de la nacionalidad.

A medida que transitaba por los grandes caminos de su historia o por sus pequeños caminos vecinales, comprendía mejor la razón de ser de nuestra identidad.

Tomamos esta fecha del 7 de Diciembre para conmemorar el día de la fundación de la ciudad procerca, pero hay que recordar que mucho tiempo antes ya existía: no como pueblo de españoles, pero sí como núcleo indígena, donde los rebeldes nativos desarrollaban sus propias manifestaciones culturales.

Todo pueblo español surgió siempre junto a un poblado indígena, porque era imprescindible contar con la mano de obra necesaria para hacer progresar el asentamiento.

A la vez, según las Leyes de Poblamiento que debían seguirse en cada caso, el nuevo sitio requería de buen clima y agua suficiente para regar sus sementeras y conucos. En cada solar de casa tocuyana, existía un huerto para suplir algunas necesidades alimenticias de la familia.

---

\* Palabras pronunciadas el día 7 de Diciembre de 1979, en la Galería de Tocuyanos Ilustres, en El Tocuyo, con motivo de la conmemoración de los 434 años de su fundación.

De allí que el valle del río Tocuyo fuera escogido por los conquistadores como un lugar ideal por su ubicación que además tenía la ventaja de estar alejado de las costas, es decir, a salvo de los ataques de piratas y corsarios, azote de nuestros antiguos habitantes costeños.

Ya los grupos indígenas autóctonos de esta región habían comprendido las bondades de sus tierras y estos indios, de carácter rebelde y levantisco, tienen que cederlas junto con su fuerza de trabajo ante la presencia avasallante del hispano: resignación ante los hechos, mas nunca humillación.

Aparte de comprender sus condiciones de superioridad ante el indio, el español tiene conciencia de que a su vez necesita de aquél para subsistir.

Comienza así un período de interculturización: el español organiza y disciplina el trabajo indígena mediante el sistema de encomiendas, pero a la vez el indígena da al español la experiencia de sus ancestros.

Esta realidad la palpa el Gobernador Juan Pérez de Tolosa cuando, al observar la habilidad del indio para hilar y tejer el algodón que se daba silvestre, decide utilizar nuevas técnicas en los telares que instala en El Tocuyo y que se denominaron "obrajes": podría decirse que son las primeras fábricas textiles en el territorio que hoy es Venezuela.

Así, en el siglo XVI, comienza un período de auge económico para El Tocuyo: aquella tela burda, confeccionada por manos de indios tocuyanos, se va a denominar "lienzo Tocuyo" y va a adquirir fama intercolonial, puesto que es llevada a Quito, a Lima y a otras ciudades del continente americano. Incluso el "lienzo Tocuyo" se vendió en Europa y aún hoy en día perdura el nombre que lo hizo famoso, para designar ciertas telas ordinarias que se usan en otras latitudes.

El "lienzo Tocuyo" también fue utilizado como moneda, cuando escaseaba el circulante: si algún hacendado o encomendero quería comprar esclavos, cueros, etc., podía pagar con lienzo, al precio establecido para el momento de la operación.

Una mujer, doña Felipa de Mora, fue dueña de uno de los primeros obrajes, engrosando el oro de sus botijas con el esfuerzo del indio tocuyano.

Con motivo de las Ferias que hoy se inician, debemos recordar que las primeras Ferias tocuyanas se realizaron hace más de 400 años. Es El Tocuyo el primer sitio de nuestra amplia geografía donde se hicieron Ferias anuales, en las cuales se efectuaban trueques, compras y ventas de todo tipo.

Las Ferias daban un aspecto festivo al pueblo, llenándose las posadas con los forasteros que llegaban; el ruido de los cascos de los caballos en las calles empedradas, daban mayor vida a la tradicional soledad de las mismas.

Todos los años el Cabildo ordenaba aderezar los caminos para así facilitar el acceso de la gente que venía a las Ferias.

Desde esos sitios tan lejanos como Tunja, en el Nuevo Reino de Granada, llegaban mercaderes para contratar con los tocuyanos. De ese intercambio surgió la receta de nuestro hoy típico "Pan de Tunja".

De la jurisdicción de Guanare se traían cargas de pescado seco; las islas del Caribe enviaban productos que entraban por Borburata, a fin de negociarse durante aquellos días de Ferias.

Como medio de transporte se veían las mulas de arria situadas en los alrededores de la Plaza, donde se contrataba el transporte pagando el flete correspon-

diente. Además de las mulas, los indios alquilaban su fuerza de trabajo como bestias de carga: indios y mulas unidos en un mismo destino.

De Coro llegaban sacos de sal para ser negociados. De Caracas, tafetanes de colores, encajes franceses, cintas finas, tapetes orientales, papel de seda de Calabria, etc.: telas y cintas eran canjeadas por harinas para hacer el pan.

En cada Feria se negociaban, aproximadamente, unas 2.500 petacas de caña, hechas por obreros libres o esclavos, las cuales adquirieron fama por su óptima calidad. Mercaderes y comerciantes de zonas tabacaleras, las compraban para empaquetar así el tabaco y transportarlo a otras regiones.

Las Ferias realizadas en esta Plaza Mayor en el siglo xvi le dieron especial fisonomía a la economía tocuyana: nos parece ver por esas antiguas calles empedradas las recuas de mulas cimbradas por el peso de las mercaderías, para luego regresar con productos de esta tierra: manzanitas criollas, membrillos, guayabas y otras frutas eran sacadas en “costales” que se elaboraban en sus propios telares. Dulces caseros, amasijo y otras granjerías se vendían en Quíbor, Carora, Cabudare, Barquisimeto, Trujillo, Valencia, Borburata y Caracas.

El ganado tocuyano también se negociaba en las Ferias y ese ganado se multiplicó en tal forma que incluso del Reino de la Nueva Granada venían a comprar reses de los hatos locales.

Esas Ferias no sólo significaban transacciones comerciales para los habitantes; eran también motivo de reuniones, juegos de dados y de naipes, peleas de gallos y fiestas musicales populares. Las apuestas en los juegos se hacían desde una moneda de plata hasta una india o una negra esclava: en el lejano año de 1551, en esta vecina Plaza Mayor, el español Francisco Díaz cambió su caballo por una hermosa india margariteña que el Capitán Pedro Alvarez había traído de la Isla: esa era la estimativa de una época que a veces se nos hace difícil de entender debido a la distancia en el espacio y en el tiempo.

A decir del ilustre viajero Don José Luis de Cisneros, los tocuyanos eran “grandes trajinantes”, es decir, buenos comerciantes. A pesar de esta respetable opinión, creo que no ha sido precisamente el comercio lo que ha caracterizado al tocuyano a través de la historia: han sido más importantes para él los valores espirituales que los materiales, aunque de este punto me ocuparé un poco más adelante.

Aparte de los logros económicos iba modificándose la estructura de la sociedad de El Tocuyo. Indios, blancos y negros confundían sus raíces ancestrales en un acelerado mestizaje que iba formando una nueva sociedad, más heterogénea aunque igualmente conflictiva, ya que la mentalidad colonial no permitía la igualdad social, como tampoco lo permitían las leyes españolas para América.

Los blancos asistían a la misa dominical de La Concepción (donde tenían sus reclinatorios forrados en brocados franceses), en tanto que los pardos iban a Santa Ana (con sus reclinatorios de madera burda): ni unos ni otros osaban invadir los predios que no les correspondían, por razón de la sangre y por imperativo de la Ley.

La forma de vestir fijaba la condición social de la persona: cuando una señora de distinción iba a hacer una visita de cortesía (previamente anunciada, por supuesto), se colocaba sus mejores galas: elegante traje negro que apenas rompía su

sobriedad con el brillo tímido del collar de perlas margariteñas. El color negro era elegancia y distinción, en cambio, las esclavas que la acompañaban sólo podían vestir de blanco, sin ningún adorno ni joya, cuyo uso les estaba prohibido por la Ley.

El mestizaje biológico a través del tiempo fue mucho más acelerado que el cambio de mentalidad en la sociedad: hondas fisuras y pleitos surgían a cada momento entre familias blancas y pardas, por los matrimonios que se sucedían entre sus hijos. Sin embargo, muchas veces triunfaban los sentimientos sobre los convencionalismos.

En algunas ocasiones se presentaban problemas de innegable significación humana, ya que se celebraban matrimonios por conveniencia social y económica, los cuales eran concertados entre los padres, sin mucha o ninguna intervención de los novios.

Esto producía todo tipo de problemas conyugales que sólo se resolvían con la resignación o con la infidelidad: de allí brotó el problema de los hijos adúlteros y de los expósitos, que eran abandonados en las puertas de Iglesias y Conventos en un intento de evitar el escándalo.

Muchachas tocuyanas, "pobres pero honradas", como ellas mismas se auto-denominaban, veían marchitar su juventud a través de la celosía de sus ventanas, pues la dote de su padre no era incentivo suficiente para lograr un buen marido.

Muchachas de la rancia aristocracia casaban con sus propios primos-hermanos por escasez de pretendientes adecuados y por no mezclar su sangre con la "gente de orilla", lo cual hubiera significado ir en detrimento de la jerarquización social que padres y abuelos habían logrado alcanzar en la sociedad de aquella época. La mentalidad de entonces auspiciaba unir familias para reunir fortunas.

La vida de la mujer tocuiana de épocas pretéritas se movía entre los rezos, la celosía, el piano, el bordado y la cocina, salvo los días festivos en que las procesiones, las veladas o los bailes convulsionaban la monotonía de su vida cotidiana.

Palpitaba emocionado el corazón de las jóvenes cuando el jefe de familia decidía enviarlas a "temperar" a alguna hacienda cercana: los paseos a caballo, los finos y delicados pies calzados de alpargatas en un sencillo afán de sentirse campesinas, los baños con totuma en las frías aguas del río y las serenatas a la luz de la luna, amenizaban la permanencia en la finca familiar.

Ya en el siglo XIX y comienzos del XX, a veces las noticias de algún alzamiento político cambiaba un poco el ritmo de los días y entonces la madre, la hermana, la esposa o la hija apretaban la angustia contra su pecho en la semipenumbra de la iglesia, rogando a la milagrosa Señora de La Concepción por la vida de su ser querido. "De Guaitó salen las revoluciones", era frase común en El Tocuyo de esa remota época.

La tierra tocuiana se ha robustecido y madurado a través de los siglos más por la espiritualidad de sus hijos que por la materialidad de sus logros económicos.

Ha sido una tierra privilegiada, donde muchos de esos hijos se han distinguido en el ámbito de los bienes culturales.

Primero fueron los Conventos... de allí brotó la semilla de una élitesca cultura, dando sus frutos en hombres de la talla del doctor Juan Pérez Hurtado, uno

de los primeros Rectores de la Universidad de Caracas; del doctor Gerónimo Fernández de Escorcha, profesor de Filosofía de la misma Universidad; del doctor Tomás Gil de Yepes, primer doctor en Leyes de la Universidad caraqueña; del doctor Pedro Manuel Yepes, fundador de una Escuela de Latinidad en El Tocuyo; de Francisco Pérez Camacho, fundador de la Cátedra de Música y Canto en el Seminario y en la Universidad; y de Fray Tomás Valero, brillante filósofo cuya obra llegó a discutirse en Europa en los términos más elogiosos. Todos los nombrados y muchos otros, fueron tocuyanos ilustres, que dieron realce a su tierra natal.

Otras figuras egregias de esta tierra, como José Gil Fortoul, Lisandro Alvarado, Egidio Montesinos, Roberto Montesinos y tantos otros que sería largo enumerar, trascendieron las fronteras patrias para dar a conocer a El Tocuyo como pueblo culto, de escritores, músicos, maestros y poetas.

El Tocuyo fue el centro de irradiación colonizadora, no sólo en el aspecto geográfico, ya que de aquí salieron las expediciones que dieron vida a ciudades importantes como Barquisimeto, Borburata, Nueva Valencia del Rey y Santiago de León de Caracas, entre otras, lo cual originó que se le denominara la “Ciudad-Madre”.

También fue pionera en el campo de la arquitectura, pues ciertas modalidades estructurales de La Concepción se imitaron en las Iglesias de San Carlos, Guanare, Barquisimeto y Cabudare.

En el campo de la pintura figuró un autor anónimo de gran valía, el cual se ha llamado “El Pintor de El Tocuyo”, quien dejó importantes obras como “La Virgen del Rosario” y el “Cuadro de Animas”. Por cierto que las obras de este pintor tocuyano fueron plasmadas sobre “lienzos de la tierra”, es decir, sobre aquel lienzo salido de los telares locales.

La lealtad ha sido una característica y una tradición tocuyana digna de encomio: fueron leales cuando el Tirano Aguirre azotaba los pueblos y caminos de nuestra geografía y los tocuyanos lo vencieron y colocaron su cabeza en la Plaza Mayor, como terrible recuerdo de sus fechorías y escarmiento para sus seguidores.

Fueron leales al Rey cuando en 1781 el Movimiento Comunero de Los Andes venezolanos llegó hasta El Tocuyo y aquí se detuvo: no hubo apoyo para los alzados porque en ese momento el Rey representaba la legítima autoridad que debía respetarse y los tocuyanos la respetaron.

Más tarde fueron leales a la revolución de 1810 cuando comprendieron que era el momento de la gran decisión, en que debían tomar partido por la causa independentista para enrumbar la Patria hacia nuevos senderos de gloria y de futuro.

Razón tuvo Don Felipe II cuando en un lejano día del año 1563 dio a esta tierra el honroso título de “Muy Leal Ciudad” de Nuestra Señora de La Concepción de El Tocuyo. No se equivocó el monarca al signar con un YO, EL REY, el pergamino que sería tradición y ejemplo para un pueblo.

Esta ciudad no sólo ha sido leal a las directrices emanadas de sus lejanos monarcas en el transcurrir de sus tiempos coloniales. Ha sido leal a sus tradiciones, a sus costumbres, a su cultura toda: desde el siglo pasado sentó el precedente de ser en Venezuela el pueblo musical por excelencia.

Las manifestaciones festivas traídas por los españoles se fueron incorporando al folklore tocuyano, el cual consta de leyendas, cuentos, fábulas, poesía y funda-

damentalmente, música y danza; todo esto forma parte del mestizaje cultural que ha amalgamado costumbres autóctonas y foráneas para dar origen a la cultura criolla, plétórica de vida y ávida de nuevos horizontes.

La influencia hispana representada en la guitarra, el arpa, la pandereta y el tambor traídos por los españoles para el acompañamiento de sus canciones con reminiscencias de la lejana Patria, dejaron profunda e indeleble huella en la música local.

Relevante figura de la música del siglo XVII fue el ya citado Francisco Pérez Camacho.

En el siglo XIX otros seguidores de este pionero en el campo de la música han sido Don Saturnino Rodríguez, Don Rafael Rodríguez Veracochea y Don Jesús María Yépez Coronado.

Familias enteras se han dedicado al cultivo de la música autóctona, como es el caso de Don Saturnino Rodríguez, a quien le siguió con mística y devoción por los caminos musicales su hijo, Don José Angel Rodríguez López, cuya viuda e hijas han perpetuado su imagen siguiendo su ejemplo y su constancia, y han hecho por El Tocuyo labor fecunda, digna de todo elogio, al mantener viva la llama del Maestro en la realidad del Kinder Musical y de otras organizaciones de igual índole que hoy día son orgullo de la Patria, por su calidad profesional y por el mérito de la incorporación de la infancia y la juventud a estos elevados fines del espíritu: haz de luz que ilumina el recuerdo del Maestro ausente.

La danza tocuyana, representada magistralmente por el Tamunangue, es parte de la fe del pueblo, ya que su baile es un rito que surge de la oscura noche africana para mezclar su ritmo ardiente con la tradición religiosa a San Antonio de Padua.

Otros bailes como la Zaragoza, el Baile de la Cinta y La Bamba, son la más pura representación del espíritu artístico de este pueblo.

El Tocuyo y los pueblos de su antigua jurisdicción, entre ellos Quíbor, Cubiro, Cabudare, los Humocaros y Guarico, han brindado su magnífico aporte al arte nacional, contando hoy en día con estupendos artistas y conjuntos de música y de danza que son firmes pilares de nuestra cultura y tradición.

Me siento orgullosa de pertenecer a esta extensa familia tocuyana que con su esfuerzo y su dedicación ha logrado ascender a los más altos escalones de la cultura patria. Decir Tocuyo es decir Danza, Música y Poesía; decir Tocuyo es decir Arte.

La tarea de hoy es dura: no se trata de dirigir nuestras miradas al pasado para vivir de las glorias del ayer: ésta sería una actitud antihistórica. Pero sí enfrentar el futuro con optimismo y con fe, y tomar ejemplos del pasado para forjar el presente, el cual será mejor en la medida en que lo sea el trabajo creador, honesto y positivo.

Felizmente ahora contamos con la incorporación de nuevos brazos y nuevas voluntades: inmigrantes llegados de lejanas tierras han sembrado sus raíces profundas en esta tierra acogedora y buena: el fruto de su esfuerzo será recogido por sus hijos, que ya son tocuyanos.

La tradición y la historia no son cosas etéreas en la vida de los pueblos: son la huella dejada por el hombre en su paso hacia la eternidad.

Señores.